



## Un viaje ultraortodoxo

Monasterio

Eduardo Halfon  
Libros del Asteroide. Barcelona, 2014  
122 páginas. 13,95 euros

Por Javier Goñi

NARRATIVA. EDUARDO HALFON, descendiente de judíos libaneses y polacos, es escritor guatemalteco. Guatemalteco porque sus antepasados, que huían en barco dejando atrás una Europa hostil, desembarcaron en Guatemala por error creyendo que era Panamá, adonde se dirigían por tener allí un pariente judío. Y es escritor, entre otros muchos motivos, porque su abuelo tenía tatuados en el brazo unos números, y él de niño creía que eran los de un teléfono y no el código del horror nazi. Y así, EH, escritor, "judío, a veces", como dice el EH, protagonista de algunos de sus relatos, como en esta novela corta, donde todo está caligrafiado aprovechando la sustancia y desdén todo lo superfluo, vuelve, ahora, en *Monasterio* a uno de sus temas más recurrentes, al viaje como huida del pasado (una forma de regresar, acaso), como búsqueda febril de una identidad, de un pretender encontrar acomodo en un mundo hostil, que lo es para todos, pero especialmente para muchos de esa galería de retratos, un tanto espectrales. Quien conozca algunos de sus títulos anteriores, como esa espléndida colección de relatos, *El boxeador polaco* (aquel que le salvó la vida a su abuelo), o esa perfecta novela también más o menos corta, *La pirieta* (ambas en Pre-Textos), que tiene mucho que ver con la confusión de identidades balcánicas, con la necesidad de encontrarse viajando, con la música como hilo conductor, reguero de migas de pan que te permite no extraviarte del todo; quien conozca estos libros de Halfon no se sorprenderá desde luego de encontrarse en *Monasterio* no solo con la metáfora del viaje —siempre el viaje, de dos hermanos guatemaltecos, uno de ellos EH, a Israel, al más profundo e intolerante, para asistir a la boda ultraortodoxa de su hermana que va a casarse con un neoyorquino ultraortodoxo—, sino también con algunos guiños a textos suyos anteriores, el abuelo, siempre —emotiva y divertida escena en el velatorio con un rabino pelma—, el boxeador polaco y, sobre todo, esa bellísima azafata (ahora, exsoldado entonces) que se encuentra en el aeropuerto de Tel Aviv y que es la misma bellísima mujer que conoció, en un relato anterior, de hace unos años, en un bar escocés (que no lo era) de la Antigua Guatemala, relato aquel que prácticamente incluye a modo de capítulo en esta novela, pues para ese "judío, a veces" que puede que sea el EH real, siendo como lo es el EH de la novela, frente a la asfixia de ese judaísmo ultraortodoxo, la presencia de la hermosa azafata y ese viaje improvisado —el viaje, siempre— a las orillas del mar Muerto tiene una carga erótica que aligera muchas presiones ultras. El contraste está muy logrado, como todo en esta novela que, acaso, frente a sus libros anteriores, puede que ande algo lastrada por cierta ligereza. Pero lo esencial, sus calidades literarias están ahí. •



El tiempo de *La pena máxima* es el mismo que ocupa el mundial de fútbol de 1978. Foto: Cordon Press

## 1978, represión y fútbol

La pena máxima

Santiago Roncagliolo  
Alfaguara. Madrid, 2014  
392 páginas. 18,50 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. QUIEN HAYA LEÍDO *Abril rojo*, la novela con la que Roncagliolo (Lima, 1975) obtuvo el Premio Alfaguara en 2005, habrá seguido las peripecias indagatorias del fiscal distrital adjunto Félix Chacaltana Saldívar. Este solemne tratamiento del funcionario Chacaltana formaba parte de su barroco perfil, de su manera de relacionarse con sus superiores y, sobre todo, de su reverencial respeto a las instituciones del Estado y de su exigencia de cumplimiento de las leyes en simétrico porcentaje de deberes y derechos. Definido así el personaje, parecía que se debía más a un afán de parodia que de registro realista de un prototipo novelesco. Lo cierto es que no era

ni una cosa ni la otra. Roncagliolo dibujaba, con sorprendente eficacia y poder de persuasión, un protagonista sobre el que giraba toda la narración y trama, y sobre el cual, además, dependía toda su verosimilitud literaria. En esa novela no faltaban el auxilio paradigmático del mejor Raymond Chandler y las incursiones en el género policiaco de Mario Vargas Llosa (me refiero a *Quién mató a Palomino Molero*, 1988, y *Lituma en los Andes*, 1993). Y no solo ello, la construcción del fiscal adjunto Chacaltana llevaba un valor añadido, una mezcla logradísima de algunos personajes de Eduardo Mendoza y esos funcionarios entrañables que salían de la imaginación del gran escritor ruso Gógol. Ahora retorna la figura del fiscal en *La pena máxima*.

Roncagliolo nos lleva hasta unos años antes de lo que se narra en *Abril rojo*. En *La pena máxima* estamos en 1978, vísperas de elecciones en Perú. Nuestro héroe tiene 20 años menos que en la primera novela. Y la categoría de su empleo en

la fiscalía es la de "asistente de archivo". Roncagliolo vuelve a la trama policiaca, aunque sin policías, ni detectives. Estar en 1978 es estar en el mundial de fútbol que se jugó en Argentina, en plena dictadura de la Junta Militar. El asistente de archivo se ve inmerso en una pavorosa intriga de espionaje y contraespionaje, al socaire de la siniestra operación Cóndor —acuerdo de países latinoamericanos del Cono Sur para eliminar las guerrillas urbanas—. Chacaltana, que también debe vérselas con una madre invasiva y un noviazgo indeciso, se encuentra por casualidad metido en un embrollo de terrorismo de Estado a caballo entre Perú y Argentina, con raptos de hijos de guerrilleras asesinadas, ajustes de cuentas, venganzas históricas. Sin faltar a la cita, dicho sea de paso, los recuerdos de la guerra civil española, incluido un pequeño homenaje a *Soldados de Salamina*. (Por cierto, aquí incurre en un error histórico: no es verdad que la Legión Cóndor bombardease Barcelona. Lo hizo la aviación italiana, que tenía absoluta autonomía en sus asesinatos masivos sobre Cataluña).

Me ha gustado mucho esta novela. Me ha gustado el trazo humano del asistente de archivo, metido en un asunto demasiado grande y peligroso para su sentido del orden y la justicia. Chacaltana no es un hombre valiente por definición, pero rechaza la cobardía ética y por ello su vida, no pocas veces, corre serio peligro. Los diálogos no tienen desperdicio, llenos de un humor balsámico en medio de tantas estampas infernales. Sin embargo, la visita de nuestro probo funcionario a la terrorífica ESMA en Buenos Aires no resulta nada humorística ni irónica, como corresponde, si se describe un infierno. Y el título de la novela tiene la suficiente ambigüedad como para hablar sobre sus significados. Uno hace referencia al fútbol, dado que el tiempo de la novela es el mismo que ocupa el mundial de fútbol de 1978, incluidos los relatos de los partidos de su fase final. Y el otro, el esencial, hace mención al sentido de la novela: de todas las penas posibles, la que vive nuestro Chacaltana es la más profunda de todas. La pena máxima que se pueda sufrir. •

## Esbozo sobre fondo neutro

El genuino sabor

Mercedes Cebrián  
Literatura Random House  
Barcelona, 2014. 160 páginas. 17,90 euros

Por Francisco Solano

NARRATIVA. MERCEDES CEBRIÁN irrumpió con un libro arriesgado, *El maestro al alcance de todos* (2004), mezcla de relatos y poemas; y tras otro poemario, *Mercado común* (2006), ha ido abandonando la poesía —¿tal vez definitivamente?— para ceñirse a la narrativa. Ha practicado la crónica y el cuento, y en *La nueva taxidermia* (2011) incluía dos *nouvelles* y dio el salto a la vecindad de la novela. En aquel díptico reelaboraba un recuerdo como se construye una tramoya, y se acudía a la ventriloquia, como recurso para la comunicación. De lo artificial debía emerger lo residualmente vivo, o al menos un buen simulacro contra el desánimo.

Con *El genuino sabor*, Mercedes Cebrián se abre a un horizonte menos onírico, en un ámbito ya concurrido en sus cuentos: la vida laboral, con sus expectativas y calamidades. La mirada de Cebrián ha asumido, en general, un aire de rechifla del que han saltado chispas sobre la ingenuidad o la insensatez, gracias a sus dotes para revelar actuaciones aturridas y anomalías de baja intensidad, en apariencia de fácil re-

medio, pero que producen un desconuelo constante y sin solución. Muy elástica y de curso imprevisible, su prosa tiene el don de rondar el cliché para evitarlo. Aquí continúa indagando en el extravío en una realidad presumiblemente seductora que se reduce a consignas y tópicos.

El asunto elegido no ha podido ser más afortunado y, a la vez, más vídrioso. Se trata de las ansiedades y desdichas que conlleva representar en el extranjero las esen-



La protagonista de la novela es gestora cultural en Londres. Foto: Bloomberg

cias gastronómicas y culturales del país de origen, lo que se denomina la "marca España". Para ello se ha servido de un personaje, Almudena, a quien se presenta inicialmente, frente a un globo terráqueo, en su fantasta infantil de ser esposa de diplomá-

co, lo que la permitiría conocer mundo, y luego, ya subyugada por la necesidad laboral, en su función de gestora cultural en distintos destinos de Latinoamérica y Europa, pero especialmente en Londres. El planteamiento, por sí mismo, prometía mucho juego, pero también cierta chismorrería, y es probable que, para no contagiarse de sal gruesa, la escritora se ha decantado por disminuir la acidez que propicia el tema. Pero esta prudencia se ha cobrado un alto tributo. Pues, aunque la narración pivota sobre Almudena, ésta no adquiere ninguna consistencia. Más que un personaje, se diría un asidero para observaciones jocosas, como el paralelismo entre el *socarar* y el griterío español, y otros escrutinios menos vivaces, como la consulta jurídica en la plaza de Cascorro a propósito del inminente parto de una vecina, una escena un tanto burda en una pluma de probada sagacidad. Lo cierto es que *El genuino sabor*, más que una novela, es un esbozo, una buena reunión de fragmentos con intención unitaria, pero desperdigados y, en ocasiones, un punto incongruentes. Que, por otro lado, se lea con verdadero placer, propiciada por el ingenio caústico y compasivo de la autora, no la redime de falta de determinación. La novela hubiera necesitado, para revelar su sabor, ligar mejor sus ingredientes. Y aquí quería llegar. ¿Por qué renunciar a una obra de mayor ambición? La complacencia en la propia escritura, ¿no supone una disminución del talento? De Mercedes Cebrián cabe esperar una tentativa menos templada por la conformidad. Pero habrá que esperar a su siguiente libro para comprobarlo. •